

cogido en el hueco de la mano: ¿dónde fabricarán estas perlas?

Para las madrileñas son japonesas, chinas o, mejor aún, de un país de leyenda, desconocido, donde existe una industria sigilosa y mágica que produce esta bisutería maravillosa, perseguida sañudamente por los multimillonarios que se dedican al cultivo y comercio de las perlas finas, en peligro hoy de ruina ante la aparición de estos chinos audaces y misteriosos que poseen el terrible secreto de la fabricación de estos collares, que adornan ya algunos miles de preciosas gargantas madrileñas.

Hemos comprendido que este asunto era sensacional, y decididos a averiguar el secreto nos lanzamos días pasados a la calle, dispuestos a descifrarle. Lo primero que hicimos, claro está, fué interrogar a uno de los chinos, disimuladamente enmascarados con la apariencia de un comprador vulgar, en la mesa de la terraza de un café madrileño. He aquí el resultado del formidable intento:

—¿Cuánto vale este collar?

—Nueve *peletas*.

—Muy bien. Y dígame: estas perlas, ¿son extranjeras?

A esta nueva pregunta, el chino interrogado acentúa la sonrisa que ya brillaba en su rostro, y con acento apagado contesta:

—Ocho *peletas*.

—No; pregunto de dónde proceden estas perlas.

Nueva sonrisa, y la contestación:

—¡Siete *peletas*!

Desistimos del español.

—*Comment vous appelez vous, monsieur?*

Pequeña pausa y el chino que responde con misterio:

—Seis y media *peletas*.

Después, como quien prueba llaves para una cerradura, acudimos al inglés y hasta al alemán, auxiliados por un amigo; pero cuando observamos, alarmados, que era preciso desistir de entenderse con el vendedor, y que, además, estábamos a punto de quedarnos, dada la rebaja progresiva, con un collar de perlas que no necesitábamos para nada, comprendimos las dificultades de la empresa iniciada. Hacemos gracia al lector de nuestra huida, al final de la fracasada entrevista, ante el asedio del chino:

—Seis *peletas*... *Chinco peletas*... Cuatro *peletas*...

Era preciso encontrar en Madrid a alguien que hablara chino. Adelante. Nos enjugamos el sudor de la frente y partimos. Un *reporter* a la americana no debe retroceder ante nada.

En los centros de interpretación no encontramos al hombre con quien soñábamos; pero al fin surgió la idea luminosa. En Madrid podía no existir un español que sepa hablar chino, pero podía existir un chino que supiera hablar español.

Visitamos, primero, la casa de huéspedes de la calle de Echegaray donde se alojan

los hijos del Celeste Imperio, que por cierto conservan en tierra extraña sus costumbres y se hacen servir de la patrona arroz cocido con agua sin sal, blanco y sin especie alguna, que comen con los dos clásicos palillos. Allí sorprendimos a un vendedor de perlas escribiendo una carta de familia, operación en extremo curiosa, tanto por la conocida forma gráfica vertical de la escritura como por el canturreo de niño de la escuela con que se ayudan en esta operación, para auxiliar a la memoria. Vimos sus libros de rezo, sus objetos de bisutería y sus cajones con los precintos de las Aduanas, porque la mayor parte de sus artículos proceden del extranjero; pero no pudimos tampoco lograr la menor noticia sobre su comercio de bisutería. Por último, la Providencia vino en nuestra ayuda, y lo averiguamos todo.

Los vendedores de perlas llegados a España son 26, de los cuales siete se hallan actualmente en provincias. Proceden todos de la provincia china de Kuang-Tung, y salieron de su país en Marzo, dirigiéndose a Europa, por la India inglesa y Egipto, hasta Grecia e Italia, pasando después a Alemania y Francia. Desde Burdeos, y siempre con su mercancía de perlas falsas, vinieron a Madrid, donde agotarán el mercado, porque piensan permanecer aún bastantes días.

En España, y en su capital singularmente, el éxito de su negocio ha sido rotundo, definitivo. Han vendido miles de collares, pipas, brazaletes, dijes y otras chucherías, sin más contratiempo que la exigencia diaria y contumaz de nuestros guardias municipales, que les obligan al pago del impuesto de dos pesetas por la venta en ambulancia, contra el cual los devotos de Confucio claman lastimeramente.

—Pero las perlas, ¿de dónde proceden? —preguntará la curiosa lectora—. ¡Ah, las perlas! Interrogad a los vendedores, que a pesar de sus disimulos os entienden perfectamente, y os contestarán:

—Son chinas.

Pero no hagáis caso. En China no se fabrica bisutería fina. Ni siquiera proceden del Japón, cuyo origen las daría ante los ojos de la ilusión un matiz poético y misterioso. Las perlas que compráis a los chinos —¿no lo habéis adivinado ya?— son alemanas. También las hay francesas, muy del gusto del mercado español; porque la bisutería norteamericana, que asimismo las fabrica, no encuentra salida en nuestra plaza.

Y diremos más, aunque esto acentúe un poco la desilusión que empañía todos los bellos sueños de la vida. Uno de los principales centros de adquisición de las famosas perlas chinas ¡es un despacho al por mayor de la calle de Toledo! Sí, confiada y encantadora compradora de collares: ha habido día en que los chinos, que han agotado el *stock* de perlas falsas de Madrid,

hicieron pedidos por el importe de 3.000 pesetas. La venta al por mayor de la calle de Toledo y otro comercio cercano a la de Atocha que se dedica a la misma industria, han vaciado en dos semanas sus almacenes ante la demanda de perlas falsas.

Y he aquí cómo se demuestra una vez más la influencia del mundo espiritual, del factor psíquico, de la sugestión de lo desconocido. Estos collares, expuestos en los escaparates de muchos comercios días y días, eran examinados con indiferencia; pero han surgido de pronto en Madrid unos hombres herméticos y misteriosos, con un instinto comercial ejemplar y que vienen de remotos países con las manos llenas de dijes, collarines y chucherías—algunas, en efecto, chinas y japonesas—, para que se haya abierto ante todos un horizonte insospechado.

En población alguna europea realizaron, sin duda, los chinos, negocio tan pingüe como en este Madrid acogedor, que les ha recibido con esa simpatía que define su principal carácter. Están contentos, a pesar de los impuestos y de las investigaciones de la Policía. Han escrito a Alemania y a Francia pidiendo más perlas, porque en Madrid se han agotado, y tal vez alguno de ellos, cuando los demás regresen a Kuang-Tung, decida quedarse en Madrid, como el gran *Chú*, el vendedor de abaniquitos y chucherías de papel, nuestro querido con-



LOS COLLARES DE LOS CHINOS, QUE ADORNAN YA ALGUNOS MILES DE PRECIOSAS GARGANTAS MADRILEÑAS



PARA LAS MADRILEÑAS, LAS PERLAS PROCEDEN DE UN PAÍS DE LEYENDA, DESCONOCIDO...

vecino, que reside hace muchos años en la corte, con su mujer y cuatro hijos, y que no piensa abandonar el país donde hizo un capitalito de 50.000 pesetas, y que para *Chú* es el verdadero país de leyenda y de los cuentos de hadas.

Los restantes vendedores, al regresar a China con sus honradas ganancias, ¿qué pensarán de los madrileños? Nosotros nos los imaginamos alrededor de una mesita baja de bambú, despojados de sus absurdos cuellos de pajarita y de sus corbatas catalanas de seda artificial, en coloquio con sus amantes esposas e hijos:

—Existe en Europa, a muchos millares de leguas de China, un país poético y encantador para los devotos hijos de nuestro gran Confucio, el Magnánimo.

Todos se inclinarán entonces hacia el suelo, con los brazos extendidos, y el comerciante de Kuang-Tung proseguirá:

—En este país de maravilla existe una riqueza insospechada, inagotable, una mina fabulosa. Se llama Madrid, y el venero de oro es un yacimiento conocido por “la acera de la Maison Dorée”.

*Juan V. Muro*

(FOTOS V. MURO)